

El tiempo pensado a partir de la muerte

Viernes 23 de enero de 1976

La muerte es inversión del aparecer. Es, inversamente al aparecer, como un regreso del ser a sí mismo, en el que aquello que daba señales regresa a sí, y no puede ya responder. Es un movimiento opuesto a la fenomenología. Pero la muerte misma ¿debemos pensarla como fin, como fin del ser, en el sentido absoluto de su aniquilamiento, fin de su manifestación?, ¿o bien como cuestión sin dato positivo, como cuestión en la que nada se encuentra referido a una *doxa* cualquiera de la que ella sería, en cuanto cuestión, una modificación?

La muerte es el fenómeno del fin y, al mismo tiempo, el fin del fenómeno. Golpea nuestro pensamiento y lo vuelve precisamente cuestionante, ya sea en el porvenir (si se privilegia la propia muerte, como lo hace Heidegger) o en el presente. La muerte en cuanto fenómeno del fin concierne nuestro pensamiento, nuestra vida, que es pensamiento, es decir, manifestación que se manifiesta a sí misma, manifestación temporal o diacrónica.

El problema consiste en preguntarse qué es este fin para la temporalidad de la manifestación, qué es la muerte para el tiempo. ¿Qué es la mortalidad misma de la vida? Tal es el verdadero problema de nuestra investigación: cuál es la significación de la muerte para el tiempo.

Para Heidegger, la muerte significa *mi* muerte, en el sentido de mi *aniquilación*; la búsqueda de la relación entre la muerte y el tiempo obedece al esfuerzo por asegurarse de que, en la analítica del *Dasein* en que el ser está en cuestión, el ser-ahí es aprehendido y descrito en su autenticidad o integridad. La muerte marca la consumación del ser-ahí; a través de ella el ser-ahí, o el hombre que en guisa de ente es el acontecimiento de ese ser-ahí, es la totalidad de lo que es, o es propiamente ahí.

Heidegger muestra a partir de allí que el morir no es lo que caracteriza el último momento del *Dasein*, sino aquello que caracteriza la manera misma en que el hombre es su ser. De ahí la noción de ser-para-la-muerte, que significa

ser relativo a la posibilidad de no-estar-más-ahí, mas ese ser-relativo-a no es una contemplación del fin que se agrega al ser que soy. Ser para la muerte es relacionarse con la muerte a través de ese mismo ser que soy.

Hay en ello una relación existencial con la posibilidad de morir. Relación irreductible o privilegiada que Heidegger describe a partir del carácter privilegiado de esta posibilidad de morir en cuanto posibilidad de poder, de asir. Esa posibilidad es:

— la posibilidad más propia: posibilidad en la cual lo propio como tal se produce;

— posibilidad intransferible: posibilidad que desde ya es yo o ipseidad.

— posibilidad aislante: posibilidad que, en cuanto la más propia, corta todo lazo con los otros hombres;

— posibilidad extrema, que sobrepasa a cualquiera otra, y frente a la cual todas las otras palidecen: posibilidad por la que el *Dasein* se desprende de todas las otras posibilidades, que devienen insignificantes.

El poder que puede esta posibilidad reúne las estructuras del *Dasein* explicitado como *preocupación*. El ser-ante-sí es precisamente el ser-proyectado-hacia-esa-posibilidad-de-no-estar-más-en-el-mundo.

Pero, por otra parte, la preocupación es la facticidad, es el hecho de estar desde-ahora-y-desde-ya-en-el-mundo sin haberlo elegido. En fin, ese ser-relativo-a-la-muerte es desde ya caída, es desde ya un ser-junto-a-las-cosas, en una cotidianidad en que hay consolación, diversión respecto a la muerte, en el cual la muerte es percibida como un acontecimiento que se produce al interior del mundo (muerte del otro).

A partir de ese movimiento de esquivar, Heidegger emprende un nuevo camino, para esclarecer otro rasgo del ser-relativo-al-fin: la certidumbre de la muerte. Esa certidumbre es descrita a partir de la cotidianidad que evita la certidumbre.

Entre los modos de ser de lo cotidiano encontramos, antes que todo, la charla. El charlar resume una actitud frente a la muerte: uno morirá alguna vez,

mas aún no. Hay entonces certidumbre respecto a la muerte, pero su gravedad se encuentra apaciguada por este aplazamiento. Ese es el equívoco del charlar, en el que la certidumbre no es la auténtica certidumbre respecto de la muerte. Pues la certidumbre es un modo de la verdad que es en sí mismo descubrimiento, desvelamiento, en el que lo desvelado no es auténticamente desvelado sino cuando el *Dasein* se abre a sí mismo. Ahora bien, en la vida cotidiana el *Dasein* no se encuentra precisamente abierto a sí mismo. La certidumbre significa, ante todo, cierto comportamiento del *Dasein*. El *Dasein* cotidiano recubre su posibilidad más propia, ya que se encuentra en la no verdad. Su certidumbre respecto a la muerte es inadecuada, recubierta. La muerte es un acontecimiento intramundano; la certidumbre que se relaciona con ella proviene de la experiencia, coincide con el hecho de que los otros perezcan.

¿Escapa el *Dasein*, en el modo de la caída, a la certidumbre de la muerte? ¿Le permite su discurso escapar de la certidumbre? El *Dasein* esquiva la muerte, y ese hecho de esquivar es la verdadera relación con la muerte. En la medida en que es constreñido a huir de la muerte, atesta la certidumbre de la muerte. *Su huida ante la muerte es atestación de la muerte.*

Llegamos así a una caracterización completa de la muerte. La muerte es certidumbre, lo que quiere decir que es siempre posible, posible a cada instante, mas, por lo mismo, su “cuándo” es indeterminado. Tal es el concepto completo de la muerte: posibilidad más propia, posibilidad irrebasable, desoladora, cierta, indeterminada.

Nos queda por mostrar cuál es la manera auténtica de ser-para-la-muerte. Es preciso mostrar que el poder de la posibilidad de la muerte no es un poder banal, un poder como los otros, en cuanto no realiza nada. ¿Qué significa la relación con tal posibilidad? Consiste en mantener esta posibilidad *como* posibilidad, que hay que mantener sin transformarla en realidad. La relación con cualquier otra posibilidad se caracteriza por la realización de la posibilidad; la relación con esta posibilidad excepcional se caracteriza por el *Vorlaufen*, por la anticipación. La anticipación de esta inminencia consiste en mantener esa

posibilidad. La posibilidad de morir no se realiza (y no realiza nada). La muerte no es el instante de la muerte, sino el hecho de relacionarse con lo posible en tanto que posible. Relación privilegiada con lo posible que no culmina con su realización, esta posibilidad única de relacionarse con lo posible en tanto que posible es el ser-para-la-muerte. “La muerte como posibilidad no proporciona al *Dasein* nada que ‘realizar’, y tampoco nada que el *Dasein* mismo pueda ser en tanto que efectivo”.²¹

Si la existencia es un comportamiento con respecto a la posibilidad de la existencia, y si ésta es total en su existencia con respecto a la posibilidad, la existencia no puede sino ser existencia para-la-muerte. Si ser es a-ser, ser es ser-para-la muerte. Ser-ante-sí es precisamente eso, ser-para-la-muerte (si se suprime el ser-para-la-muerte, se suprime al mismo tiempo el ante-sí y el *Dasein* no es ya totalidad). He allí como es pensado el hombre en su totalidad, cómo el *Dasein* es entero en cada instante: en su relación con la muerte.

A través de esta descripción percibimos como el tiempo era deducido, a lo largo de estos análisis, de su longitud de tiempo, más acá del tiempo medible y medido. Percibimos cómo el tiempo conmensurable no es el tiempo original, cómo hay una prioridad de la relación con el porvenir en cuanto relación con una posibilidad y no como una realidad: la manera concreta en la que es pensada esa idea es el análisis de la muerte. Sólo a partir de la muerte hay tiempo y hay *Dasein*.

²¹ ibíd., p. 192 (p. 292 del texto alemán).